



LA ILUSTRACION BÉTICA

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA

PRECIOS DE SUSCRICION

	AÑO	SEMESTRE	TRIMESTRE
Sevilla	48 reales.	26 reales.	14 reales.
Fuera	52 id.	28 id.	15 id.
Extranjero	62 id.	33 id.	18 id.

AÑO I.—NUM. XI

PROPIETARIO
AURELIO ORDUÑA

Sevilla, 1.º de Setiembre de 1881.

PRECIOS DE SUSCRICION

	AÑO	SEMESTRE
Cuba y Puerto Rico	72 reales.	38 reales.
Filipinas	80 id.	44 id.
Méjico y Rio de la Plata	80 id.	44 id.

REVISTA QUINCENAL

Pronto huirá el verano, se acabarán los incendios en las campiñas y comenzarán los incendios en los salones. Á las bengalas destructoras que ponen el horizonte rojo y negro el espacio, sucederán las bengalas de los bailes de máscaras y las luces fantásticas de las arañas del salon de alto bordo.

Se quemarán los corazones bajo las delicadas gasas, que no sufrirán el menor detrimento: hombros de nieve y senos de alabastro harán el efecto de las esferas incendiarias.

Nadie protestará contra esos siniestros invisibles, que arruinarán un sinnúmero de castillos en el aire y de cosechas de esperanza.

Es probable que se resientan las grandes fortunas, que más estragos suele hacer el lujo que las llamas, y no hay nada más fácil de encender que el orgullo y el amor propio; mas no será preciso tocar la campana de alarma, ni preparar más bombas que las de la indiferencia; los desengaños y los despreciados comprenderán al cabo lo cómodo que es huir de la quema.

¡Cómo se van los años,
Y tras ellos los días,
Y las alegres horas
De nuestra pobre vida! . . .

Pronto pasarán las noches de luna en la playa, las puestas de sol en la montaña, las veladas en los treinta y seis horizontes de la ruleta.

—*Sic transit gloria mundi*,—dirá la casada que, con el pretexto de los baños, ha hecho vida de soltera en Vigo ó en Biarritz.

—*Sic transit gloria*,—repetirá el perdido que tuvo la suerte de alcanzar un pleno en la Villa Eugenia y de hacerse pasar *plenamente* por título añojo.

—*Sic transit*,—dirá la viudita que colgó la negra toca durante el mes de veraneo y no pudo al cabo encontrar sustituto.

—*¡Sic!*—diré yo, leyendo en pomposas gacetillas la vuelta de los baños de algunos y de algunas desdichadas, que se dejan entre las olas, las ondas ó las duchas, la mitad de las provisiones de invierno.

Y volverán, sí . . . y se reanudarán cuantos embolismos se rompen ó se interrumpen con las genialidades del mes de los mosquitos, y volverán á agruparse y á zumbiar los del Congreso, sin que abatan sus vuelos los campanillazos del non-nato presidente.

—*¡Cómo nos vamos á divertir!*—dirán los políticos, y los propietarios, y los empresarios de ópera.

Algunos, sin embargo, continuarán de verano.

* *

En Sevilla vamos preparando las cosas en regla. El Duque ya ha abierto sus puertas, regalándonos la lírica de cajon, que probablemente continuará reinando hasta la próxima Cuaresma.

Hay que advertir que la Willians viene con mejor voz y más firme estilo; que Guzman se conserva, y que el precio de las butacas sólo se sube veinticinco céntimos los días de fiesta de guardar.

Vico y la Mendoza Tenorio es probable que nos visiten; y en cuanto á Cervantes, nos ofrecerá de nuevo

las esbeltas formas, los aéreos giros, los cuadros plásticos que tuvimos ocasion de admirar en el Duque.

Julia, aquella miss de los hombros ebúrneos y del postizo rizado, que tuvo la gloria de hacer comprar á un prestamista un ramo de dos reales y medio, y de arrancar de balde un soneto á uno de mis compañeros de la prensa, prepara sus gasas y sus flores para las desnudeces de gala y las noches de moda; Alvantée, que sigue impertérrito sus equilibrios, como cualquier político de la presente etapa, tambien

nos volverá á favorecer con sus trabajos, probándonos que hoy se puede permanecer sin balancin en los altos puestos, siempre que se tengan estudiados con anterioridad los vaivenes; Diaz, por último, nos presentará mayor número de caballos amaestrados, que, aunque no sean dignos de ser senadores, como el de Calígula, por lo ménos tendrán mejor escuela que muchos aficionados á la equitacion y al arte taurino.

Yo espero pasar la estacion de las vendimias verdaderamente distraido. Octubre es mi mes favorito y me perezco por sus mañanas melancólicas y por sus noches gratas á las dos musas más revoltosas de la cuadrilla, Talía y Terpsícore, niñas busconas que se dan á perros durante el estío en la playa ó en la plaza pública, y que en Octubre se visten de etiqueta ó se recatan de las miradas profanas.

¡Vén, otoño, vén,
Con tus nieblas pardas!
De tus tardes las horas solemnes
Recrean mi ánima;
Enciende la antorcha,
Llena los salones,
Ya que todos los gatos son pardos
Mirados de noche.

Ya saben nuestros lectores que acaba de desaparecer el segundo cometa sin que haya habido ulteriores consecuencias; es decir, sin que acabe el mundo, como nos presagiaban los bárbaros calores que hemos sufrido este verano.

Con este motivo, *la paz reina en Varsovia*; como si dijéramos, la humanidad piensa hacer de las suyas algunos años más.

En el paso del último cometa nos refiere un periódico los preparativos de cierto original que se ha quedado con un palmo de narices.

«Este sugeto—dice el periódico de quien tomamos la noticia—cuenta ochenta y tres años de edad y habita en el Lincolnshire. Para escapar al desastre no ha construido un arca como Noé, sino que ha fabricado un globo enorme, desde el que espera asistir á la destruccion de nuestro planeta, sin compartir la suerte de sus habitantes.

»En su viaje aéreo llevará carne en conserva, cognac, agua, gaseosa, vino tinto y otros víveres



«UN MERODEADOR.»

Dibujo y grabado original de D. Tomás Povedano.

en cantidad suficiente para alimentarse durante tres años, pues ha calculado que su vida debe acabarse al cabo de este tiempo.

»Considera además que entre los restos del mundo habrá algunos fragmentos bastante grandes para poder bajar á ellos en un momento favorable y pasar allí los dos ó tres años que le restan de vida.

»Tiene intencion de llevar en su globo á un antiguo y fiel criado; pero como éste no tiene más que cincuenta y dos años, le ha advertido que tendrá que atender á sus propias necesidades cuando se acaben las provisiones del globo, es decir, al cabo de tres años.

»Después de haber hecho todos estos preparativos y adoptado todas precauciones, el anciano ha declarado con la mayor tranquilidad que se encontraría mejor fuera de este mundo que dentro.»

EL DÓMINE LÚCAS.

RELACIONES

ENTRE EL TEATRO CLÁSICO Y EL ROMÁNTICO

(Conclusion.)

De igual modo, Dumas, con el estudio histórico de las pasiones fuertes, con perfecto conocimiento de la escena y los efectos dramáticos, llegó á subyugar á su auditorio, á hacerse aplaudir hasta la exaltacion, como señalan historiadores contemporáneos, pero sin que ni el uno ni el otro alcanzaran á dominar la impresion de disgusto y descorazonamiento, que el espectador experimenta como resultado final y sintético de la impresion recibida, á la manera de esos tónicos ardientes que parecen dar vigor á la naturaleza decaída, pero por un momento, para dejar después, como resultado supremo, el aplanamiento ó la excitacion nerviosa, casi rayana á la locura. Aunque no fuere el fin moral el fin supremo estético, en el fondo íntimo de estos conceptos, la solidaridad de lo bello y de lo bueno viene al cabo á reflejarse de un modo evidente é indiscutible; y lo prueba ese mismo desabrimiento y malestar moral que producen en nuestro ánimo, como resúmen total de las impresiones recibidas, las mismas obras en cuya exposicion y desarrollo hemos sido profundamente impresionados, y en las que hemos querido descubrir hasta rasgos del genio.

Á las relaciones ya señaladas en la rápida aproximacion que hemos hecho del género clásico y género romántico, debemos añadir algunas particulares semejanzas, con esta última forma del teatro francés, que esta ligera exposicion que antecede nos suministra. Vemos, en uno como en otro, ese fondo comun de descreimiento y protesta que descubrimos en los grandes trágicos griegos y que resulta evidente en el moderno teatro, con quien lo comparamos, pero con la natural diferencia que proporciona el contenido moral y religioso de tan distintas civilizaciones, y el inmenso abismo que separa el excepticismo que seguía á la afirmacion pagana, y el excepticismo, tras la afirmacion evangélica. Como el teatro griego, preséntanos el teatro romántico citado al hombre de las pasiones, al hombre fisiológico, y, como en la escena griega, cierto género de fatalismo limitador y sarcástico viene á cerrar todos los caminos y aspiraciones del personaje, y hacerle conocer lo impotente y vano de estas mismas aspiraciones y sueños. Pero en este mismo orden de relaciones, la sincera espontaneidad de los sentimientos en el teatro antiguo, la digna protesta, como la augusta resignacion de los Prometeos, da resultados estéticos y morales de inmensa superioridad, al compararlas con las delirantes extravagancias y rebeldes protestas de los Antonys.

Por otra parte, la ausencia misma de espontaneidad en esta época, determina las más profundas variantes entre uno y otro género dramático, lo que fácilmente se evidencia recordando que el drama, si ha de despertar interés y ha de merecer aceptacion, ha de responder á los sentimientos é ideas generales, y habria de naufragar necesariamente al pretender sacar á la pública expectacion ideas y sentimientos que pasaron, ó á que no responde el sentido general y público.

En el antiguo teatro trágico, con los elementos de exposicion que ya ántes indicamos, con sus grandiosas, dignas y solemnes formas, con la épica sencilla de sus asuntos, rimaba la ingenuidad y espontaneidad del sentimiento público, y no es posible formarse idea del efecto inmenso que produciría en Atenas la representacion, por ejemplo, de los *Persas* de Eschilo, cuando aún se

veían impresos en las paredes los estragos del incendio de los soldados de Jerges; mientras que, por otra parte, no podria explicarse el éxito y la fortuna de Sófocles, y, sobre todo, de Eurípides, en sus tragedias, que más ó menos herian ó lastimaban las creencias religiosas y populares, sino por el feliz acuerdo y correspondencia que debia producirse entre la ingenua espontaneidad y sensibilidad de aquellos espectadores, y la delicada y bien sentida ternura del trágico teatro griego.

Agotados ya en los modernos tiempos (tiempos de análisis y crítica, y faltos, por tanto, de ingenua espontaneidad); agotados y gastados los recursos escénicos, decadentes ú olvidados ciertos sentimientos é ideas, hay que procurar el interés de los espectadores; hay que buscar su emocion en lo violento y extravagante, en reactivos de gran potencia, que basten á mover una sensibilidad encallecida, en el abuso de lo trascendente (en frase de un historiador moderno), tan opuesto á la noble sencillez dramática, y en la cansada reproduccion de ciertos problemas morales y asuntos que tienen el privilegio de despertar general interés, por más que no sea el teatro el llamado á darles solucion. De aquí el empeño de estos autores de traer á la escena repetidos tipos de repugnantes personajes morales, capaces, sin embargo, de arranques nobilísimos y generosos; de aquí el prurito de ofrecer á los espectadores, reproducido tantas veces, el tipo de la mujer extraviada, susceptible, sin embargo, de redencion y de sublimes desprendimientos, procurando hasta con los dolores físicos y los sufrimientos de este orden (que los grandes dramáticos conceptuaron recurso indigno de la escena cristiana y que repetidas veces presentó el teatro trágico griego) despertar el interés y la simpatía hacia estos mismos personajes; de aquí la insistencia pertinaz y cansada, y al cabo infecunda y estéril, con que se trae á la escena el problema moral y complejo del adulterio, que por su índole y carácter no puede por ménos que producir vivo interés, aún después de la decadencia ú olvido de otros sentimientos é ideas. Como testimonio de que los elementos artísticos que revelan estas variantes y este distinto contenido del uno y del otro teatro que comparamos, reproducen paralelamente estas relaciones, ya hemos hecho notar cómo la impresion total de estos dramas que pretenden emanciparse de todo género de imposiciones y trabas es al cabo penosa y fatigante, aún después de las profundas y violentas emociones que nos produce ese frenesí de contrastes extravagantes, de efectos inesperados y hasta de rasgos geniales; al cabo el espíritu vuelve á buscar la verdadera emocion estética en la exposicion hábil y ordenada, no ya sujeta á los pueriles rigorismos de las tres unidades, especialmente las de espacio y tiempo, sino á la razonable y siempre bella regularidad moral, á los preceptos espontáneos y sensatos del buen gusto, que repugna las monstruosidades de todo orden y llama bello á todo lo que tiene el privilegio de mover agradablemente su espíritu, levantándolo y dignificándolo.

Por lo demás, á poco que se medite se comprende la inoportunidad peligrosa de llevar al teatro cierto género de problemas que el teatro no está llamado á resolver, y de ofrecer tipos casi siempre inverosímiles, que sin que le sean negados, dentro de la sociedad misma, medios de redencion y engrandecimiento, no es el teatro el llamado á procurárselos, y de los que toda tentativa de justificacion y condescendencia no puede ménos de ser antiestética y de funesta ejemplaridad. Concretándonos á los efectos escénicos, ¿cuánto más bello no aparece á nuestros ojos y cuán más interesante aquella gradacion admirable, aquella ansiedad que crece por instantes hasta hacer conocer á Edipo todo lo horrible de su suerte, que las sacudidas violentas, que el espíritu sufre, en las últimas frases de Antony, en los crueles é inesperados sarcasmos de algunas obras de Hugo? Para decirlo de una vez, ¿cuánto más bella no resulta la exposicion ordenada é interesante (donde tantas veces el verdadero genio ha sabido colocar situaciones altamente dramáticas, creciente y gradual interés, sin sacrificar para nada ni la grandeza histórica de los caracteres, ni el sentido general religioso y moral, ni nada de cuanto es respetable y sagrado entre los hombres); cuánto más fecundo no es este procedimiento, que

el generalmente empleado por esta escuela dramática, al buscar en lo monstruoso y desordenado, en el falseamiento de los caracteres, con el de la verdad histórica, en las extravagancias y escentricidades, en el desbordamiento de las pasiones y caracteres no adecuados, ni dirigidos, los efectos que el verdadero talento sabe encontrar, sin derribar las barreras infranqueables y las columnas fundamentales de toda sociedad culta y ordenada?

Por eso, como la ménos cristiana y moral de todas las formas dramáticas, la de este género es la que más relacion ofrece con la tragedia clásica, en lo que ésta tiene de ménos aceptable y bello. Así le es comun, con algunas de las tragedias griegas de Eurípides y Sófocles, ese empeño de describir al hombre fisiológico, sin más freno intelectual, religioso y moral que sus pasiones, formadas en la exaltacion, extravagancia y delirio que produjo los *Welters*, los *D. Juan*, los *Faustos* y *Childe Harold*s. Por eso tiene muchos puntos de relacion, como hace notar un crítico de nuestro suelo, el *Egisto* de Eurípides con el *Antony* de Dumas, y *Clitemnestra* con *Lucrecia Borgia* (paralelos que pudieran extenderse á muchos más conocidos personajes de uno y otro teatro), con conocida inferioridad moral y estética del citado teatro francés, y con ménos disculpa, habida consideracion al tesoro de ideas morales que son patrimonio de todos los hombres en estos siglos cristianos, y al limitado círculo y estrecho ambiente moral que circundaba á las generaciones de los Eschilos, de los Sófocles y de los Eurípides.

Muchos ménos puntos de relacion tiene con el citado teatro griego el género romántico español del segundo tercio de este siglo, y cuya reciente reproduccion en nuestra escena ha despertado, como no podia ménos de despertar, el más delirante entusiasmo. Al representarse de nuevo en nuestro teatro los grandes dramas de los García Gutierrez, de los Hartzenbusch, de los Saavedras, el ilustre autor de *La esposa del vengador*, que, con rasgos verdaderamente shakespearianos, reflejó bastante el gusto de Dumas y su escuela, y que en muchos casos ha sabido llevarlo á la escena con singular fortuna, habrá conocido la superioridad indisputable de aquel romanticismo español y caballeresco, mil veces más rico bajo el punto de vista estético moral, que las extravagancias del citado teatro francés, y tan elevado y espléndido como el teatro trágico griego. De éste lo separa el inmenso abismo que divide el contenido religioso y moral de las dos civilizaciones que los produjeron; pero los une el sentido comun estético que el genio formula en todos los tiempos y lugares con igual fortuna, despertando en el alma el goce sereno y grandioso de lo bello, alzándola á esos altos ideales en que aparecen unidos, en solidaridad divina, lo bello, lo bueno y lo verdadero.

El clasicismo y el romanticismo, aspectos distintos de una misma idea, han de confundirse en síntesis superior y comprensiva, y al cabo *Fausto* y *Elena*, como soñó el poeta alemán, se unirán en lazo indisoluble para formar la epopeya de los siglos por venir.

ELOY GARCÍA VALERO.

LA FLOR MILAGROSA

A....

Era la noche de misterios llena,
En que, agobiado por intensa pena
El Santo Redentor,
Á su Padre con lágrimas oraba
Y que de sí apartase le rogaba
El cáliz del dolor.

Los que fieles do quiera le seguian
En profundo letargo se adormian
Alrededor de él;
Y, cual ave perdida en el desierto,
Velaba solo en el sagrado huerto
Con su angustia cruel.

Á impulsos del dolor que le acongoja,
Estremecido como débil hoja
Al recio vendaval,
Inclinó su alba frente al duro suelo
Y sudó con angustia y desconsuelo
Su sangre celestial.

Gimió en su cauce el arroyuelo frio
Y lloró blancas perlas de rocío
La inmensidad azul,
Y la luna velóse con tristeza,
Ocultando su pálida belleza
Entre cárdeno tul.

Una voz sonó entonces dolorida,
Débil como la brisa que perdida
Acaricia la flor;
Dulce como los besos de cariño
Que da la madre al candoroso niño
Llena de tierno amor.

«¡Señor!—dijo la voz—soy tan sencilla,
Tan triste y olvidada florecilla,
Que imploro tu bondad;
Confundida en el polvo del camino,
Me rompe con su planta el peregrino
Sin pena ni piedad.

No tengo ni perfumes ni colores,
Es mi riego la hiel de los dolores,
Jamás dicha logré;
Mas si me das para mi blanca hoja
Sólo una gota de tu sangre roja
Bella y feliz será.»

Oyó Jesus la súplica ferviente,
Y en medio de sus penas, indulgente
Su tierno corazón,
«Sea,»—dijo,—y á su voz la flor sencilla
Trocóse, por inmensa maravilla,
En flor de la pasión.

Desde entonces la triste Palestina
Brotar la ve fantástica y divina,
Más pura que el jazmin,
De una gota de púrpura manchada
Y encanto, por su forma delicada,
Del prado y del jardín.

Si tus males te roban la alegría,
Con tierna fe recuerda, amiga mía,
La historia de esta flor:
Y pídele á Jesus para consuelo
Una gota de sangre, que en tu duelo
Sea el sello de su amor.

Ella te volverá la dulce calma;
Estrella hermosa que guiará tu alma
Hacia el supremo bien,
Será el mejor laurel de tu corona,
Porque es lazo divino que eslabona
La tierra y el eden.

ISABEL CHEIX.

SEMEJANZAS QUE EXISTEN

ENTRE

MUCHAS CIRCUNSTANCIAS DE LA VIDA DE CERVANTES,
CAMOENS Y CALDERON.

Á fines del siglo pasado hizo notar D. Juan Antonio Pellicer la semejanza que existía entre muchas de las circunstancias de la vida de Cervantes y de la de Camoens. Esta curiosa observación ha sido repetida después varias veces, según puede verse confirmado en la *Vida de Cervantes*, que publicó en 1819 D. Martín Fernández de Navarrete, y en varios escritos de los Sres. D. Ángel Fernández de los Ríos y D. Modesto Fernández y González (y vaya de coincidencias, pues los tres escritores que acabamos de citar se apellidan Fernández), y además en un artículo exclusivamente dedicado á este asunto, que leyó el autor de estas líneas en la velada que la Asociación de Escritores y Artistas españoles celebró en honor de Camoens, la noche del 10 de Junio de 1880.

Realmente es algo extraño que existan tantas semejanzas biográficas entre el gran épico portugués y el gran novelista castellano; pero aún es más extraño, que también existan muchas coincidencias entre la vida de estos dos soberanos ingenios y la del gran poeta dramático D. Pedro Calderón de la Barca, que puede y debe ser considerado como la tercera persona de esa trinidad de gloria, que representa á la Península Ibérica en el cielo del arte literario; de esa trinidad cuyas creaciones estéticas se llaman *El Quijote*, *Os Lusíadas* y *La Vida es sueño*; esas tres obras poéticas que han sido traducidas á todos los idiomas de los pueblos cultos, y cuya vida durará tanto como dure la del planeta en que habitamos.

Sí, los tres genios que representan más elevadamente las glorias literarias de la Península Ibérica, Miguel de Cervantes Saavedra, Luis de Camoens y D. Pedro Calderón de la Barca, nacen en el mismo siglo, el XVI; son estudiantes hasta la edad de unos veinte años; dejan las aulas y sientan plaza de soldados, siendo impulsados á esta resolución, según parece, por contrariedades amorosas; Cervantes, Camoens y Calderón son heridos en función de guerra; Cervantes y Calderón en la mano y Camoens en la cara; los tres pasan pobremente la mayor parte de su vida; los tres son poetas cuya tendencia épica se refleja en los géneros que cultivan; la novela, que es la *épica en prosa*; el poema heroico, que es la *épica en verso*, y la

comedia de caracteres tan sociales, que la individualidad del poeta queda borrada por la importancia de su concepción estética. Cervantes, Camoens y Calderón, en estos países, poco dados á conmemorar á sus grandes ingenios, tienen estatuas que los representan en Lisboa y Madrid, como justo desagravio del desden con que fueron tratados por sus contemporáneos. Ni Cervantes, ni Camoens, ni Calderón dejaron hijos que perpetuasen su nombre; nadie puede decir que desciende de ellos por línea de varón, y los que lleven sus apellidos, á lo más, podrán ser *sobrinos nietos*, pero ya muy lejanos. Cervantes murió en el mes de Abril, Calderón en Mayo y Camoens en Junio; Abril, Mayo y Junio son tres meses que se hallan tan unidos y cercanos como la gloria de los tres genios que en ellos fallecieron.

Un erudito llamó á Cervantes *ingenio lego*, porque carecía de títulos académicos; y en este concepto tuvo razón, por más que no faltan doctores que no son doctores, y ya conocía esta aparente contradicción el poeta satírico que escribió:

Ves á aquel señor graduado
Roja borla, blanco guante,
Que *nemine discrepante*
Fué en Salamanca aprobado;
Pues con su borla, su grado,
Cátedra, renta y dinero,
Es un grande majadero.

Poniendo término á esta digresión, hay que decir, porque es lo cierto, que en parte tenía razón el erudito aludido; porque la profesión de Cervantes era la de las armas; así como también las armas profesaron Camoens y Calderón, y esta es una de las más notables coincidencias de la vida de los tres mayores poetas peninsulares; y al lado de esta grande y notabilísima semejanza, descendiendo á pequeneces, se observa que el apellido del autor de *El Quijote*, del de *Os Lusíadas* y del de *La Vida es sueño* coinciden en que tienen la misma inicial, y presentan la singularidad de ser correlativo el número de letras de que están formados; Camoens, siete; Calderón, ocho; Cervantes, nueve; y en los pre-nombres pasa lo mismo. Luis, cuatro; Pedro, cinco; Miguel, seis.

Otras varias semejanzas pudieran observarse entre Cervantes, Camoens y Calderón; pero lo dicho basta para llamar la atención acerca de un punto aún poco estudiado, el examen comparativo entre las circunstancias generales y las individuales que determinan hechos históricos tan singulares como la abundancia de varones eminentes, ó la completa carencia de ellos, que se observa en pueblos y tiempos, según lo requiere el movimiento de traslación que parece ser ley permanente en el progreso de la civilización.

El estudio de lo individual, aún de lo que parecen pequeneces, es necesario para alcanzar el concepto de lo general, bien así como el concepto de lo general es necesario para entender lo individual. Esta compenetración del hecho y de la idea, de lo transitorio y de lo eterno, constituye la suprema dificultad de todo conocimiento.

¿Son casualidades las coincidencias biográficas que existen entre Cervantes, Camoens y Calderón? ¿Es la casualidad una palabra inventada por la ignorancia de las causas de todo lo que sucede? Contesté á estas preguntas quien sepa hacerlo con la sagacidad crítica que requieren los graves problemas históricos que aquí quedan iniciados.

LUIS VIDART.

Madrid 3 de Agosto de 1881.

A CONCEPCION DE ESTEVARENA

..... Si la muerte
Aquí cortase mi existencia amarga,
Al cubrir esta tierra mi cadáver
De mis ojos sin luz brotasen lágrimas.
CONCHA.

Pasó, como ignorada golondrina
Que abandona su nido en el alero
Y hacia lejanas costas se encamina;

Como lirio tronchado en el otero;
Como estrella lejana y misteriosa,
Que deja el horizonte del viajero.

Rota la vela de la nave airosa,
Tocó en el más oscuro de los puertos,
Llevada por la ola impetuosa.

¡Ya sabrá de esos límites inciertos
En donde están las cruces esparcidas
Con los brazos inmóviles y abiertos!

¡Concha!... Las régias aves atrevidas,
Que beben del volcan los rayos rojos
En el cendal del huracan mecidas,

No tuvieron sus alas ni sus ojos...
Ella, como las águilas, hallaba,
Al descender de lo azulado, enojos.

Su frente, noble y triste, reflejaba,
Como el haz de los lagos de Occidente,
La nube de su vida que pasaba.

¡Cuántas veces la ví cruzar doliente
Por el mundo de amor y poesía
Velado apenas bajo aquella frente!

Aún recuerdo su triste profecía (1),
Que parece entregada al vago viento
En la gruta de Tívoli sombría.

Sibila, que inspirara el sentimiento,
Llevaba en su excursión por lo ignorado
Más allá de la vida el pensamiento.

Hoy, que su predicción se ha realizado,
Pregúntase mi loca fantasía
Si sus ojos sin luz habrán llorado;

Si, en el silencio de la tumba fría,
Brotó aún acaso de su labio inerte
Alguna melancólica elegía.

Por implacable burla de la suerte,
Vió siempre en su horizonte desplegada
El ala pavorosa de la muerte.

Lo dijo en nuestra última velada:
¡Era la rama del ciprés medroso
En la entreabierto fosa abandonada!

Al trocar para siempre el cielo hermoso
Que pobló de fantasmas su deseo
Por otro limitado y nebuloso;

Al ver sobre su frente el Pirineo
Alzándose, cual cíclope sombrío,
Con picachos de nieve por trofeo;

Al dar su adiós postrero al claro río
Donde vió, como Bécquer, deslizarse
Las ninfas coronadas de rocío,

Comenzó su existencia á marchitarse
Cual pasionaria que, de sol privada,
No halla un rayo de luz en que empaparse.

¡Tal vez sobre su lápida olvidada
No desciende un reflejo luminoso
Ni hay una adelfa con amor cuidada.

Acaso sólo turba su reposo
El lejano rumor de las encinas
Que crecen en la falda del Coloso!...

¡Pobre Concha! En las fértiles colinas
Que la flora andaluza tornasola
Sólo pudiste cosechar espinas!

¡Quién podrá disputarte la aureola
Que Dios concede al genio, si has cruzado
El mar del infortunio, ola por ola!

Yo, que tus dulces rimas he escuchado,
Que á veces sorprendí tu desventura
Cual se sorprende el trueno en el nublado,

Siento algo inexplicable en la lectura
De estas páginas tristes, saturadas
Con el soplo inmortal de tu alma pura.

Como el loto en las aguas sosegadas,
Tu pensamiento sin cesar se mece
En sus estrofas tiernas é inspiradas.

Tu gloria aquí se ensancha y resplandece.
¡Siempre el genio al pasar sobre la tierra
Es como el sol, al ocultarse crece!

Léjos estás de la mundana guerra
Y ha de importarte poco que tu nombre
Quede en la cárcel que tu cuerpo encierra;

Mas si al fin llega á ser, que no te asombre:
¡Qué puede haber eterno sobre el suelo
Con la mudable condición del hombre!

¡Adios, amiga mía! Sólo anhelo
Hallarte en esas altas latitudes,
Donde todo será color de cielo.

Que, aunque rotos estén nuestros laudes,
Alzaré un nuevo cántico en la esfera
Si puedo conseguir que tú me ayudes.

Espérame en la plácida ribera
Donde las almas van, y al divisarme
Agita el blanco lino la primera.

Tú, á través de la luz, podrás guiarme;
Y, si se ha de cumplir lo que está escrito,
Con axiomas de mundos demostrarme
Lo que vale la tierra en lo infinito.

BENITO MAS Y PRAT.

Mayo, de 1877.

Tenemos el gusto de dar cabida en las columnas de LA ILUSTRACION al siguiente artículo de nuestra distinguida amiga D.^a Sofia Tartilan.

UNA NOCHE DE LUNA

I

La luz de la luna, como los destellos del amor,

(1) Su composición titulada *Mi Viaje*.

tiene la facultad de embellecerlo todo, de poetizarlo todo. Con un algo misterioso parecido al instinto, los pálidos rayos de la reina de la noche iluminan sólo los contornos dulces, las ramas floridas, los espacios vestidos de césped; rielan en las dormidas aguas del lago, convierten en animados brillantes las bulliciosas linfas de la fuente, pintan de plata el arenoso sendero, hacen destacarse de su fondo oscuro la tosca ventana guarnecida de vides, dibujan sobre la arena caprichosos arabescos con las ramas secas del espino que circunda la vieja tapia de la abandonada alquería, hacen aparecer fantasmas inofensivos detrás de cada solitario peñasco, coloran de melancólicas tintas los más áridos paisajes y ocultan con misterioso velo todo lo duro, todo lo incorrecto, todos los ángulos salientes, todas las asperezas, todas las inmundicias. Hemos contemplado á la luz de la luna paisajes, ruinas, ciudades, castillos y derruidas murallas, en todo lo cual durante el día nos ha sido imposible hallar, ni aun con la mejor buena fe, el menor rasgo poético, ni la más pequeña sombra de belleza, y, sin embargo, ha llegado la noche, ha salido la luna, y torrentes de poesía, cuadros llenos de sublime hermosura, encantadores y melancólicos paisajes han brotado de repente á nuestra vista, sin que la razón fría haya sido bastante á variar la óptica ilusoria, porque á la razón oponiase el testimonio de nuestros sentidos: la belleza estaba allí real, tangible, verdadera.... Lo feo, lo prosaico, lo antiestético, había desaparecido, quedaba en la sombra. En vano apelábamos á nuestro recuerdo de algunas horas ántes procurando penetrar el misterio de la transformación. ¡Ah! la transformación es verdaderamente un misterio como lo son tantas otras cosas en la vida del espíritu y en la vida de la materia. ¡La ilusión! ¿Qué sería de la pobre humanidad con relación á la vida moral, si las ilusiones desaparecieran por completo, si sólo existiera la fría realidad?

II

Las afueras de la muy noble y muy heroica villa de Madrid son de lo más árido, de lo más feo, de lo más antipoético que puede imaginarse.

Casuchos desiguales, tabernas y bodegones inmundos, juegos de bolos, de bochas, de chapas y de cartas, establecidos á perpetuidad en la puerta ó en el interior de las tabernas y figones. Talleres de industrias y artefactos imposibles de describir, tiendas en donde se vende todo lo que no tiene nombre, forma ni color, y algo más lejos corrales, pocilgas, apriscos y rediles, en donde animales de todas especies se revuelcan y se agitan produciendo el vértigo del olfato, de la vista y del oído. Únase á todo esto hombres feroces y mal trazados, mujeres que disputan de continuo, chiquillos sucios, rotos, desvergonzados, que lloran y juegan ó se pelean, y se tendrá una idea del pintoresco cuadro que, iluminado por los ardientes rayos del sol, presenta á las horas del medio día cualquiera de los arrabales, ya se llame *Barranco de Embajadores* y *Paseo de las Delicias*, ya *Valle Hermoso* y *Monte-leon*. Los días festivos este cuadro está además recargado por el brillante colorido que le prestan los bailes y los columpios, los tocadores de organillos, los grupos de criadas y soldados que juegan al corro y otros detalles no menos salientes.

Más tarde, cuando el sol descende y el crepúsculo se acerca, el aspecto cambia y todos los objetos se ven á través de un espeso velo de polvo. La atmósfera, recargada de todos los acres perfumes exhalados de tantos y tan distintos elementos, promete asfixiar á todo el que se acerque al foco, siquiera sea á un kilómetro de distancia, y la poesía, si la hubo en algunos momentos, huye espantada de aquellos sitios sin volver siquiera el rostro.

III

Pasaron algunas horas, es de noche: un cielo diáfano, puro, transparente y tachonado de estrellas que brillan en el azul intenso como vívidos diamantes, cobija con su espléndido manto á la muy noble y muy heroica villa y córte de las Españas.

Un silencio dulce, lleno de vagos rumores, silencio que no es la soledad, sino el misterio, el recogimiento, empieza á extenderse por todas partes. Luces vacilantes, fugitivas y trémulas brillan aquí y allá como errantes meteoros salpicando las sombras de puntos dorados: voces confusas, que se apagan poco á poco, acusan la presencia de la vida, y la naturaleza, volviendo del perezoso desmayo en el que parecía haberla sumido la abrasante atmósfera del día, se estremece de placer á las primeras caricias de la brisa de la noche. Una mano invisible enviaba en aquellos momentos un benéfico riego á los sedientos árboles que orillan los empolvados y estrechos paseos, y como un hilo de plata este arroyuelo se deslizaba bullicioso retratando en sus madejas de cristal las estrellas que tachonaban la bóveda celeste. Madrid, despierto aún, lanzaba á la campiña sus mil confusos rumores, convertidos en leve murmurio, mién-

tras una campana allá á lo lejos, con su lengua de bronce, recordaba la hora de rogar por los que fueron y la del descanso para los vivos: eran las diez.

La luna había salido, y, como lámpara misteriosa suspendida de la inmensa bóveda de los cielos, dejaba caer sus plateados rayos sobre el variado panorama que ántes hemos descrito. ¿Qué se ve entonces? ¿Qué se han hecho todos aquellos detalles groseros y antiestéticos que herian, al propio tiempo, la vista y el oído? Envueltos en los pliegues misteriosos de la sombra, se ocultan á las miradas, y solamente lo bello, lo dulce, lo poético es iluminado por la melancólica luz de la diosa protectora del amor y de la poesía!

Aquellos paseos arenosos tan estrechos, parecen ahora cintas de plata bordando una alfombra de esmeralda, y los árboles de hojas marchitas y descoloridas gimen acariciados por la brisa, ondulando graciosamente. Mil senderos caprichosos marcan ligera huella entre los sembrados. La vieja casita, el cuadrado y anguloso edificio, el aprisco, la fábrica, el taller, todo reposa y á todas partes llega el mágico encanto. En el fondo de un valle murmura un riachuelo y á su orilla se levanta un edificio sombrío, circuido de una elevada tapia, por cuyos bordes asoman sus verdes ramajes árboles seculares con toda su imponente majestad. En la fachada principal se mira un escudo y un letrero. Á la poética luz de la luna este escudo, este letrero, medio envueltos en la sombra, dan al citado edificio algo de parecido con el castillo señorial. Nada falta, ni la ojival ventana, en cuyos pequeños vidrios se quiebran los rayos de la luna, ni la frondosa yedra trepando por el viejo y agrietado muro. Sin embargo, este castillo casi fantástico es un Asilo de mendicidad, es SAN BERNARDINO. Sólo la poética luz del astro de la noche ha podido realizar esta transfiguración.

Al citado Asilo conduce un ancho sendero orillado de acacias, y á uno y otro lado se levanta el terreno algunos palmos, formando una suave pendiente cubierta á trechos de césped.

IV

Una amante pareja camina por aquella ancha senda, alejándose de los discordantes ruidos de la ciudad. ¿Qué piensan? ¿Qué se dicen? Piensan en Dios, en la hermosura de los cielos, en la frescura del aire, en los delicados perfumes que la brisa de los campos trae sobre sus ligeras alas, en la sombra que de cuando en cuando les cubre al pasar bajo la copa de los árboles, en la blanca luz que ilumina sus frentes también á intervalos desiguales, haciendo brillar sus ojos y dejando ver la sonrisa de dicha que se dibuja en sus labios. ¿Qué se dicen?

Probablemente nada, ó á lo ménos no se hablan de amor. ¿Y para qué? ¿No lo sienten? ¿No se lo dicen sus ojos? ¿No se respira amor en la brisa que orea su rostro, en la sombra que los envuelve, en la luz que los ilumina? No caminan, sin embargo, silenciosos: el eco suave repite el cadencioso murmurio de sus palabras.

El es poeta, ella es mujer de corazón; hablan de arte, de literatura, de poesía; discurren de esa manera vaga, deliciosa, llena de encantadora y sencilla confianza con que se comunican dos almas que se comprenden. Son dichosos cuanto cabe serlo en la tierra, se olvidan de todo, hasta de sí mismos, quizás de sí mismos ántes que de todo. ¿Quién, por material, por grosera que sea su naturaleza, sentiría deseos impuros ante la casta faz de la luna? En los momentos de silencio, sus miradas se pierden en lo infinito; sus manos se estrechan dulcemente: la realidad, aun aquella realidad bella que les rodea, desaparece; sólo dos cosas existen para ellos, sólo de dos cosas tienen conciencia: de su dicha, y de la hermosura de aquella noche de luna.

V

Dieron las doce. La vibración del lejano reloj, anunciando la mitad de la noche, sacó á los felices amantes de su delicioso éxtasis. Miraron con melancólicos ojos el camino que tenían que desandar. El encanto iba á romperse, puesto que era necesario separarse. Por un momento, las manos enlazadas y los ojos elevados al firmamento, contemplaron aquellos astros, mudos testigos de su dicha. Escucharon con delicia el leve suspiro del viento que pasaba sobre sus cabezas besando las copas de los árboles; aspiraron con inmenso placer los perfumes que les enviaba la brisa; abarcaron con una indefinible mirada de pasión la naturaleza toda en el espacio que descubrieron sus ojos, y un casto beso, uno solo, retuvo en los labios el alma que parecía querer escaparse de su estrecha cárcel material para volar á los espacios donde reside la poesía infinita, que es Dios.

VI

El recuerdo de aquella noche, noche de dicha sin remordimiento, de placer sin sombra de pesar, de castos deseos, de rosadas esperanzas, de dulces sensaciones, de aspiraciones elevadas, de goces infinitos, vive

indeleble en la memoria de los dos amantes y mutuamente se agradecen la dicha que gozaron. Á él, al poeta, le hemos oído repetir muchas veces: «En mi vida no hay más que una noche de luna.» Sin embargo, tiene más de treinta años. Ella, la mujer, no dice nada; pero ¡hay silencios tan elocuentes!

SOFÍA TARTILAN.

HISTORIA DE LA ESCRITURA

En la Sociedad *London Institution*, Mr. A. Oxford ha dado una conferencia sobre la historia de la escritura. El sabio filósofo empezó recordando los dibujos representando los renos y otros animales, trazados por los hombres del período neolítico en los cuernos y en los colmillos del mammoth, y el descubrimiento más importante todavía, hecho el verano pasado, de dibujos análogos en los dientes del oso de las cavernas, encontrados en depósitos que pertenecen á la época paleolítica. El eminente profesor ha emitido la hipótesis de que los dibujos emblemáticos podían haber precedido al lenguaje articulado y contribuido á su formación.

En seguida explicó el origen de la escritura, que empezó con el dibujo ó representación de los objetos materiales, y se desarrolló lentamente en la representación de las ideas por medio de signos ideográficos silabarios, y, finalmente, por medio del alfabeto.

Ofrecen un ejemplo de lo que acabamos de sentar los caracteres chinos y varias clases de escrituras cuneiformes que van á parar en la escritura puramente alfabética de los persas.

En el siglo VIII, ántes de nuestra era, las tribus que habitaban la Armenia y la Média habían adoptado la escritura isiria, y la primera reforma importante que se introdujo consistió en reducir cada carácter á la expresión de un solo sonido; la escritura cesó de ser polifona y continuó siendo silábica.

Cuando los persas adoptaron los signos silábicos, les atribuyeron un valor alfabético, como, por ejemplo, *b* por *bu* ó *ba*.

El profesor Seyce trazó despues la interesante historia de los geroglíficos del Egipto, y explicó el origen de los alfabetos de Occidente, que derivan de la escritura egipcia, hierática ó cursiva.

La genealogía de nuestro alfabeto remonta de los latinos á los griegos y á los fenicios, que pertenecían á la misma raza de los Hyhsos ó reyes pastores que conquistaron y gobernaron al Egipto desde la XV á la XVI dinastía. Aquellos extranjeros emprendedores hicieron para los geroglíficos lo que no habían sabido hacer los mismos egipcios.

Algunos siglos despues de la caída del imperio, 3,500 años ántes de Jesucristo, el Egipto cayó en la decadencia. Mientras los Faraones de Tebas, la ciudad de las cien puertas, se ocupaban todavía en adornar su capital con templos y colosos de granito, y en construirse suntuosas tumbas, la primera guerrilla de los iliksos llegó á Delta. Formaban una colonia de treinta y siete emigrantes, pastores de la Fenicia, y como si tuviesen el instinto de la gran misión que sus descendientes debían desempeñar más tarde en la historia de Egipto y en la historia del mundo, conmemoraron su llegada con pinturas y geroglíficos en una de las tumbas de Beni-Hassan.

El tiempo ha conservado hasta nuestros días aquellas figuras de ocre y vermellon, con sus aguileñas narices y sus cabellos negros, imágenes de los ascendientes de los reyes pastores que más tarde ocuparon el Egipto durante seiscientos años.

Los egipcios fueron despojados de sus fértiles campos, asiento primitivo de su poderío y de su civilización, y los ocuparon los comerciantes de Tiro y de Sidon, y las tribus agrícolas de la parte meridional del país de Canaan. Entónces el Delta cambió de nombre, llamándose los dominadores *Caphtor* ó *Gran Fenicia*.

Á los emigrantes fenicios deben su alfabeto los pueblos de Occidente. Su instinto comercial les indicó la importancia del sistema gráfico de los egipcios; pero, sin embargo, desecharon el conjunto, aprovechándose sólo de lo que podía servirles para sus negocios.

Separando los signos ideográficos, silábicos y determinativos, su sentido práctico les hizo adoptar los veintidos caracteres que han originado nuestro alfabeto.

SUMARIO

TEXTO.—Revista quincenal, por El Dómine Lucas.—Relaciones entre el teatro clásico y el romántico (conclusion), por D. Eloy García Valero.—La flor milagrosa, poesía, por D. Isabel Cheix.—Semejanzas que existen entre muchas circunstancias de la vida de Cervantes, Camoens y Calderon, por D. Luis Vidart.—A Concepción de Estevarena, poesía, por D. Fenito Mas y Prat.—Una noche de luna, por D.ª Sofía Tartilan.—Historia de la escritura.

ILUSTRACIONES.—Un merodeador, dibujo y grabado original de D. Tomás Povedano.